

Caín y Abel: Génesis del Bien

JORGE CAMÓN PASCUAL

Introducción. La cuestión del Bien

Fue Pessoa quien, con lucidez gnóstica, sentenció que “el bien es un mal necesario”. La metafísica oriental nos ha mostrado desde hace milenios cómo, en la representación del Yin y el Yang, las dos fuerzas opuestas que rigen el universo contienen, en su mismo núcleo, a su contrario. Al descender a la esfera de lo humano encontramos esa misma configuración en el hecho de la dualidad pulsional formulada por Freud: no hay placer sin dolor, vida sin muerte, amor sin odio, cultura sin naturaleza. Palabra y goce se entrelazan en el cuerpo humano formando su tejido más íntimo y revelando en su continuo e inevitable roce contra las aristas de lo social un mal-estar que nunca encuentra acomodo ni alivio definitivos. Aquí resuena en toda su hondura el dicho de Pessoa: sin el “bien” no habría posibilidad de convivencia, sociedad ni cultura. Es decir, *no hay bien que por mal no venga*: subversión del espacio de lo ético cuyo fundamento trataremos de dilucidar en este artículo.

Así entendido, el “bien” se nos aparece como una construcción social, como una conquista de la humanidad: desde las primeras sentencias de la religión (“los malos se sentarán a la izquierda de Dios, los buenos a la derecha en el día del Juicio Final”) hasta los postulados de la ética moderna (agrupados en el concepto del “bien común”). El uso que se hiciera del concepto del bien arrojaba una luz distinta sobre la esencia de lo humano, aunque, hasta el advenimiento del psicoanálisis, dicha elucidación (resumida en la eterna pregunta: ¿el hombre es bueno o malo por naturaleza?) parecía no poder salir de la aporía maniquea: o se era rousseauniano o se era hobbesiano.

Para abordar la cuestión del bien vamos a trazar su génesis a partir de una de las figuras que laten en los orígenes de nuestra cultura: la del

asesinato de Abel a manos de su hermano Caín. Si entendemos el Bien básicamente como un “hacer” el bien, es decir, que no podemos entenderlo en abstracto, sin relación al otro, al *Nebenmensch*, nos vemos inmersos en la cuestión del lazo social y de su posibilidad; el concepto mismo de “fraternidad”, de comunidad “fraternal”, nos evoca directamente la relación entre hermanos (el prójimo como transposición del hermano), y apela a la misma como núcleo generador de los “sentimientos sociales” de los que hablaba Freud.

Veremos que dicha posibilidad de institución de lo social se funda no sólo en el asesinato del Padre, tal y como aparece en el mito freudiano de *Tótem y Tabú*, sino también (y en no menor medida) en el asesinato del Hermano, tal y como nos lo transmite el relato bíblico.

Pensar y obrar al este del edén

El film de Elia Kazan *Al Este del Edén* nos describe el tramo final de la novela de John Steinbeck, la cual nos relata la saga de la familia Trask y nos desvela aspectos de la historia que se pierden en la película, espléndida pero algo truculenta. Truculenta, porque el propio Kazan se sintió demasiado implicado emocionalmente en aquella historia, que reflejaba las relaciones conflictivas que él mantuvo con su propio padre (aquella era también “su historia”, así como lo era también la de James Dean, confesaría Kazan¹). Aparte de ello, Kazan tuvo que alterar aspectos a veces esenciales de la novela para insertar la historia de los hermanos Trask dentro de su línea de desvelamiento y crítica de las estructuras inconscientes familiares, religiosas e ideológicas de la sociedad norteamericana², tarea que ya comenzara en 1954 con *La ley del silencio*, que continuaría con *Baby Doll* (1956) y *A face in the crowd* (1957), y que culminaría con *Esplendor en la hierba* (1961), *América América* (1963) y *El compromiso* (1969).

Hay un último motivo de la actitud de Elia Kazan frente a *Al Este del Edén*, que sería interesante de analizar, aunque no podamos aquí por motivos de espacio: él mismo recogió la herencia cainita, él mismo fue marcado con el estigma de Caín tras convertirse en uno de los más polémicos delatores ante el Comité de Actividades Antiamericanas dirigido en 1952 por el senador McCarthy.

Hemos creído interesante realizar esta pequeña reseña sobre el texto fílmico de Kazan, cuya obra merecería un artículo aparte y complementario de éste, aunque al final nos hayamos decidido a abordar *Al Este del*

1 Cfr. MIRET, Rafael: *El último emperador/Al este del edén*, Libros Dirigido, col. Programa Doble, Barcelona, 1995, p 117.

2 Citemos sólo a modo de alusión las resonancias bíblicas en la historia de los EE.UU. respecto al conflicto entre ganaderos y agricultores, tan presente en los westerns, y la profunda división entre Norte-Sur, causa de una Guerra Civil que desde entonces ha sido proyectada por los americanos en tantos “Vietnams”.

Edén desde el texto literario. El análisis que sigue creo que justificará ampliamente esta decisión.

El sexo y la muerte en el Paraíso (y después)

Existe un paralelismo entre los dos actos fundacionales que sellan el destino del ser humano en el relato del Génesis: ambos parten de la transgresión de una Ley: comer la fruta prohibida y matar al hermano. Sin embargo, hay una diferencia esencial entre ambas: en la primera, Yahvé dicta la Ley (y con ella la prohibición) *antes* de ser transgredida (consecuencia lacanianiana: la Ley crea el deseo); pero en la segunda, la Ley (“No matarás –ergo nadie matará a Caín”) *sólo* puede ser dictada *después* de ser violada. Primer enigma del Génesis, de la génesis del Bien.

Claro está que la Biblia (o cualquier otro texto sagrado) no se sostiene sin su Otra Escritura (Kábala o Gnosis en su caso): en efecto, según algunos mitos,

Adán fue creado originalmente como un andrógino de un cuerpo masculino y otro femenino unidos por la espalda. Como esta postura dificultaba los movimientos y la conversación, Dios dividió al andrógino y dio a cada mitad una nueva parte trasera. A esos seres separados los puso en Edén, **prohibiéndoles que se unieran**.³



Es decir, los frutos del Fallo-Árbol del Conocimiento no debían ser probados. Consecuencia de la transgresión: apertura a la diferencia sexual, al deseo, pérdida del Paraíso polimorfo para siempre (un ángel con espada flamígera vedará su entrada, como representante fálico, ausente ya pero denso como el rastro de un sueño que se olvida al despertar). Luego el “pecado” original sería más bien una “falta” original.

Y a partir de ahí, la maldición de Dios: seguirás disfrutando (pero con sudor y lágrimas), engendrarás (pero con dolor), buscarás con ardor a tu marido (que te dominará). En resumen: prohibición del retorno, que quedará sellada para siempre como anhelo infinito; y a través de dicha prohibición, advenimiento del sujeto humano, capaz de desear y amar, pero *sujeto* a la culpa y a la muerte.

Segundo momento del Génesis, en el destierro: Adán y Eva tienen descendencia, Caín y Abel, posiblemente mellizos, como los hermanos Cal y Aron Trask. Y segundo enigma del Génesis: el por qué Yahvé acepta la ofrenda de Abel y rechaza la de su hermano. El texto bíblico nos explica que la de Abel estaba compuesta por lo mejor de su rebaño,

³ GRAVES, Robert & PATAI, Raphael: *Los mitos hebreos*, Alianza ed., Madrid, 1988, p. 61. El subrayado es mío.

4 Debemos esta formulación de “complejo de Caín” a Leopold Szondi, psiquiatra húngaro que elaboró una compleja teoría psicopatológica basada en el concepto freudiano de pulsión. Lamentamos no poder extendernos en una interesantísima exposición que alumbraría nuestro análisis, pero que duplicaría su extensión. Por ello remitimos al lector a sus trabajos *Kain. Gestalten des B'sen*, Hans Huber Verlag, Bern, 1969 (trad. esp. *Caín y el cainismo universal*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1975) y *Moses. Antwort auf Kain*, Hans Huber Verlag, Bern, 1973.

5 STEINBECK, *op. cit.*, p.37.

6 Obsérvese la consonancia fonética en los nombres propios de ambos ejes.

7 SIBONY, D.: *El Otro incastrable*, Eds. Petrel, Barcelona, 1981, p. 46.

mientras que Caín debió de ofrecer los primeros frutos desmañadamente arrancados de la tierra que cultivaba. Entre el *potlatch* de Abel y la retención anal de Caín, el Padre designa al primero como favorito. Pronto veremos –y aquí se escande un tercer enigma– que en esta donación al Padre, en esta relación aparentemente biunívoca Padre-hijos, queda elidido el deseo de Eva. En efecto, frente al “Complejo de Edipo”, que gira en torno al deseo de la Madre, el “Complejo de Caín”⁴ parece referirse a una pugna por el amor exclusivo del Padre. Este esquema, empero, no es tan sencillo.

En la biografía infantil de Adam Trask (padre de Cal/Caín y de Aron/Abel) podemos observar algo de esta dialéctica. Cuando Cyrus Trask (padre de Adam) enviuda, no tarda en casarse con Alice, la cual le da otro hijo, Charles (y con ello un hermanastro a Adam). La rudeza militar con la que Cyrus se encarga de sus hijos contrasta con el frío pero impecable cuidado de Alice, de la cual se dice que no mostraba sentimientos, *su boca se reducía a una línea que no ocultaba nada, pero que tampoco ofrecía nada*⁵. Mudez e insondabilidad del deseo materno (¿*Qué quiere una madre?*). Frente a la carencia materna (doble, al morir su madre cuando él era muy pequeño, y respecto al silencio de su madrastra), Adam sigue su rastro, la espía, le deja pequeños regalos escondidos que ella descubre en la intimidad, y que ella creerá que son obra de Charles. En ese entrecruzamiento de amores (confesados o no) no correspondidos se disparan líneas de fuga, ausencias y rivalidades, estallidos de amor y odio, que conforman el pasado de Adam, un pasado del que habrá de redimirse con un gran sufrimiento. En efecto, la relación con sus propios hijos será repetición de la que Cyrus mantuvo con él y con su hermanastro; así como la relación que desarrolló con su madrastra se repetirá con la entrada de Cathy en su vida.

De este modo, en el árbol genealógico de los Trask se establece un doble recorrido: un “eje del mal” –representado por Charles, Kate, Cal– y un “eje del bien” –Adam, Aron, Abra⁶. El entrecruzamiento constante de ambos ejes a lo largo del texto narrativo demuestra que ni el bien ni el mal son puros. Al final intentaremos explicar por qué.

Presencia de Eva.

(...) lo que habla y se calla aquí es un deseo de mujer.
Daniel Sibony, *El Otro incastrable*⁷

Kate es no sólo la madre de Adam y Cal (aunque, *Pater semper incertus*, el padre parece no ser Adam, sino Charles⁸); su presencia a lo largo de todo el relato constituye la representación de la violencia en

estado puro que desencadena continuamente la historia, que la funda en cierto sentido. Su historia revela una personalidad psicopática: practica desde niña una sexualidad perversa, seduciendo a chicos mayores que son luego condenados por corrupción de una menor; incendia la casa de los padres –con ellos dentro–, se da por desaparecida y se lanza a ejercer la prostitución; seduce y engaña a su primer “patrono”; se une a Adam para escapar de aquél, abandonando a éste (y con él a sus hijos) de forma violenta, para refugiarse en una casa de citas a cuya dueña asesina después de ganarse su confianza maternal, para quedarse finalmente con el negocio.

Prendado de Cathy/Kate, en la que cree encontrar la madre Eva que nunca tuvo, Adam Trask compra las mejores tierras del Valle Salinas y sueña con construir un Edén: en una conversación con su amigo Sam Hamilton, dice:

–Mire, Samuel, pienso hacer un vergel de mi tierra. Recuerde que mi nombre es Adam. Hasta ahora no he tenido un Edén. Tan sólo he sido expulsado de él.(...) Tuve una vida gris, señor Hamilton (...) Mi madre... murió... antes de que yo lo pueda recordar. Mi madrastra era una buena mujer, pero obsesionada y enferma. Mi padre era un hombre rígido y arrogante..., tal vez un gran hombre. (...) Entonces apareció Cathy (...). Una especie de luminosidad se desprendía de ella. Y todos los objetos cambiaban de color. Y el mundo se abría. Y el día era bueno para despertarse. Y no había límites para nada. Y las gentes eran buenas y bellas en el mundo. Y ya no sentía temor alguno. (...) Cathy lo trajo, y ello ilumina todo en torno suyo. Y ahora ya le he contado para qué quiero los pozos [de agua para el riego]. Tengo que devolver algo de lo que he recibido. Voy a hacer un jardín tan bueno, tan hermoso, que sea un lugar apropiado para su vida y un paraje adecuado para que resplandezca su luz.⁹

Adam expresa aquí a la perfección su desvanecimiento como sujeto frente a ese *Ágalma* que él encuentra en Cathy, Adam ha cedido al “mandato espantoso del dios del amor”¹⁰. No entraremos aquí en la discusión del concepto lacaniano del amor. Bástenos con indicar que pensamos que Lacan comete (permítasenos el barbarismo) una falacia metonímica: toma la parte por el todo; es decir, que del hecho de que en la base del proceso de constitución del amor haya un juego de espejos deformantes¹¹, nada nos autoriza a cuestionar la definición universal del amor, cosa que hace Lacan, para quien el amor remite *siempre* a la ilusión del Uno y del “dar lo que no se tiene a quien no es”. Sin embargo, en la relación entre Adam y Cathy sí podemos hallar el rastro de dicho dinamismo inconsciente y enmarcarlo en la cuestión de una demanda anal, campo, como dice Lacan, de la *oblatividad*, y que en el fantasma del obsesivo se traduce en un “*Todo para el Otro*”¹².

⁸ Mani, fundador del maniqueísmo, consideraba que Caín y Abel no eran hijos de Adán, sino de Samael (Satán), con quien Eva tuvo comercio sexual mientras Adán dormía. Cfr GRAVES & PATAI, *op cit*, p 88. Lo mismo ocurre en la novela: Cathy/Kate ha administrado a Adam un somnífero por error (un acto fallido evidente) y, mientras éste queda dormido, ella se introduce en el cuarto de Charles y se acuesta con él.

En el relato genesíaco, la misma Eva dice: *He alcanzado de Yahvé [jno de Adán!] un varón* (Gén. 4,1). Es decir, el Padre de los gemelos es Dios en el Génesis, Samael en la Kábala... ¿Primera *Verneinung* en la historia de Occidente?

⁹ *Al Este del Edén*, *op cit*, pp. 222-223.

¹⁰ LACAN, J.: *Seminario VIII. La Transferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2003, p. 198.

¹¹ En el film de Kazan *Cal y Abra*, la novia de Aron, entran en un salón de espejos en la feria de atracciones y se rien de sus propias imágenes anamorizadas. Escena que, precisamente, prepara la de la noria, en la que se hace patente que ambos se han enamorado.

¹² LACAN, J.: *op cit*, p. 235.

Pero Kate va a rechazar este presente. Renegará del Paraíso, de la granja/vergel y de la familia edénica. Nuevamente, la Otra Escritura promueve una escansión en el texto de Steinbeck. Kate no es Eva, sino Lilith:



Entonces Dios creó a Lilith, la primera mujer, como había creado a Adán, salvo que utilizó inmundicia y sedimento en vez de polvo puro (...)

Adán y Lilith nunca encontraron la paz juntos, pues cuando él quería acostarse con ella, Lilith consideraba ofensiva la postura que él exigía (...). Como Adán trató de obligarla a obedecer por la fuerza, Lilith, airada, pronunció el nombre mágico de Dios, se elevó en el aire y lo abandonó. Adán se quejó a Dios: "me ha abandonado mi compañera". Inmediatamente Dios envió a los ángeles (...) para que llevaran a Lilith de vuelta. La encontraron junto al Mar Rojo, región que abundaba en demonios lascivos. "¡Vuelve a Adán sin demora -le dijeron los ángeles- o si no te ahogaremos!". Lilith preguntó: "¿Cómo puedo volver a Adán y vivir como un ama de casa honesta después de mi permanencia en el Mar Rojo?"¹³

El paralelismo con la historia de Kate y Adam es desde luego asombroso y algo más que casual.

Según los textos talmúdicos y cabalísticos, después fue creada Eva, esposa y madre ideal(izada), con la que Adán tendrá finalmente a Set, sustituto de Abel, símbolo de reparación del crimen de Caín. Eva, pues, la esposa y madre fiel *versus* Lilith, la mujer que quiere gozar sin ataduras de ningún tipo. Profundizar en la relación del hombre frente a estas dos posiciones de la mujer, que delatan una escisión en el seno mismo del ser femenino¹⁴, tal vez podría darnos claves importantes para definir el misterio del amor entre hombre y mujer. En nuestro relato, Kate elige ser cuerpo gozante, Lilith: prostituta.

El encuentro de Kate con sus hijos será esencial para el desenlace del nudo fantasmático del que participan todos. Sin embargo, lo que para Cal es un encuentro buscado por su necesidad de salvación, para Aron supondrá una *Tyché* que precipitará su destino. En efecto, tanto Kate como Cal pertenecen (y se reconocen como tal) a la misma estirpe (cainita): "Tienes mi espíritu", le dice Kate a su hijo. Pero Cal no caerá en la trampa: "No, no lo tengo. Tengo el mío. No tengo por qué tener el de usted (...). Si soy bajo es con mi propia bajeza"¹⁵. A su vez, Cal ha sacudido la conciencia de su madre: "Cuando usted era pequeña, ¿no tuvo nunca (...) el sentimiento de que le faltaba algo? ¿Cómo si los demás supiesen algo que usted ignoraba... algo así como un secreto que no querían participarle?"¹⁶. Que es como decir que, gracias a la marca de la castración simbólica, del sentimiento de la falta constitutiva y radical en uno mismo, es como el sujeto humano

¹³ GRAVES & PATAI: *op cit*, p. 59-60.

¹⁴ WECHSLER, Elina & SCHOFFER, Daniel, *La metáfora milenaria. Una lectura psicoanalítica de la Biblia*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, pp. 43 ss.

¹⁵ STEINBECK: *op.cit.* p. 596.

¹⁶ *Ibid*, p. 595.

puede hacer suyo su propio *daimon* (como destino y como ética): podrá hacer el mal, pero será mi decisión, no la de Otro.

Sin embargo, el encuentro entre Kate y Aron, es decir, el encuentro con lo Real, resulta traumático y letal para ambos. Para ella, el descubrimiento de que Aron es su hijo, aquel muchacho querubínico al que ya había observado en la iglesia y del que –sin acabar de aceptarlo conscientemente– se había enamorado (enamoramiento bajo cuya superficie emerge el crudo fantasma del incesto), produce en ella el desmoronamiento final (¡El Bien existe, y ese Bien ha nacido del Mal!)¹⁷. Para Aron, la imagen idealizada de la Madre-Buena-en-el-Cielo (que ha transferido a la relación con su novia Abra¹⁸) se hunde: el espejismo del Edén se esfuma y se revela como desierto en lo Real (¡El Bien no existe, es una invención del Mal!). De esta *Tyché*, de esta sombra del Paraíso/Infierno, sólo puede haber una salida: la muerte como único horizonte (no hay salvación posible, se está ya condenado de antemano y para siempre). Por el contrario, para Cal, el atravesamiento del fantasma le conduce a un Purgatorio real y humano, marcado por la palabra de Yahvé que resuena en toda la novela de Steinbeck: *Thimmsel, tú puedes* (Gén. 4,8). En Cal/Caín se encuentra la potencia, la facultad de vencer, de dominar el pecado, de expiar la culpa, en definitiva, de hacerse hombre.

Pero, ¿quién mató a Abel?

¿Por qué Caín se erige en el texto bíblico como asesino de su hermano? ¿Cuáles son sus motivos inconscientes? Para responder a estos interrogantes hemos de profundizar antes en la identidad de Abel.

Abel es el que usurpa el lugar del primogénito respecto al amor del Padre. Desde esta primera aproximación, entramos en la dinámica de los celos (o, si se quiere, de la envidia). En uno de sus escritos tempranos, Lacan formalizó el llamado “complejo de intrusión”¹⁹, por medio del cual intentó desentrañar esa forma especial de especularización que se desarrolla a través de la presencia del hermano. Lacan nos advierte, para empezar, que los celos no representan en esencia una rivalidad vital, sino más bien una identificación mental (op. cit., p. 46); por tanto, la agresividad es secundaria a la identificación (p. 49), y cito a Lacan:

La identificación con el hermano es lo que permite completar el desdoblamiento propio del sujeto: ella proporciona la imagen que fija uno de los polos del masoquismo primario. Así, la no-violencia del suicidio primordial engendra la violencia del asesinato imaginario del hermano. (...) la imagen del hermano no sometido al des-

17 Lilith es considerada en la mitología hebrea como madre de demonios y asesina de niños inocentes y puros. Cfr GRAVES & PATAL, *op. cit.*, p. 61-62.

18 Abra confiesa a Lee, el fiel criado de Adam: “El no piensa en mí. El se ha construido un ídolo y lo ha revestido con mi piel (...) Una mujer absolutamente pura (...) Pero yo no soy así. (...) El no me conoce ni hace nada por conocerme. Lo único que quiere es... ese... blanco fantasma”. STEINBECK: *op. cit.*, p. 634.



19 LACAN, J.: *La familia*, Eds. Argonauta, Buenos Aires, 1978.

tete sólo suscita una agresión especial porque repite en el sujeto la imago de la situación materna y, con ella, el deseo de muerte.²⁰

20 *Ibid*, p. 51.

Es decir, que el conflicto no es entre dos iguales, sino un conflicto dentro de cada sujeto.

De este modo, apresado en los celos por identificación, el sujeto llega a una nueva alternativa en la que se juega el destino de la realidad: la de reencontrar al objeto materno y aferrarse al rechazo de lo real y a la destrucción del otro; o si no, conducido a algún otro objeto, recibirlo bajo la forma característica del conocimiento humano como objeto comunicable, puesto que la concurrencia implica rivalidad y acuerdo a la vez; al mismo tiempo, sin embargo, reconoce al otro con el que se compromete la lucha o el contrato, es decir, en resumen, encuentra al mismo tiempo al otro y al objeto socializado. De este modo, los celos constituyen el arquetipo de los sentimientos sociales.²¹

21 *Ibid*, p. 58.

Nos acercamos al final. Tenemos ya suficientes elementos para deducir nuestra conclusión: el mito de Caín y Abel nos enseña que bajo el asesinato imaginario del hermano late una *imago* poderosísima²² (tal vez la que más): la imago fascinante del *infans*, del niño maravilloso *que es, ante todo, la nostalgia de la mirada materna que lo ha convertido en un esplendor extremo*²³. Renunciar a esta imagen es de algún modo renunciar a la vida, es empezar a morir (Jorge Manrique *dixit*), saber-se mortal, caduco, incompleto, poseedor de una identidad que nunca puede llegar a ser idéntica a sí misma. Pero, nos advierte Leclaire, fingir permanecer en ella, amparado por ella, es condenarse a no vivir. Esta *imago*, a la vez fuente de vida (recordemos que Adán y Eva no llegaron a comer del Árbol de la Vida) y de muerte, esta representación narcisista primaria constituye el ser de Abel. Por ello,

22 Para una revisión del concepto de imago del hermano, cfr ASSOUN, Paul-Laurent: *Lecciones psicoanalíticas sobre Hermanos y Hermanas*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

23 LECLAIRE, Serge: *Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*, Amorrortu, Buenos Aires, 1999, p. 11.

Para cada uno hay siempre un niño al que se debe matar, el duelo que se debe hacer y rehacer continuamente de una representación de plenitud, de goce inmóvil.²⁴

24 *Ibid*, p. 12.

Es decir,

Para vivir debo matar la representación tiránica del *infans* en mí-, a fin de que otra lógica aparezca, regida por la imposibilidad de efectuar ese asesinato de una vez por todas y la necesidad de perpetrarlo en toda oportunidad en la que se habla verdaderamente, en todo instante en el que se comienza a amar.²⁵

25 *Ibid*, p. 13.

Caín mata a Abel en sí mismo. Sólo cuando esa muerte simbólica fracasa, y la experiencia clínica nos da innumerables ejemplos de ello, es cuando un ser humano muere en la realidad, víctima inocente de ese representante tiránico al que no ha podido escapar la familia, en el cual ha quedado encerrada.

La Ley del Amor (del Padre)

El Padre nos ama como se ama al criminal, es decir, a quien por fin se ha decidido a ponerse en marcha. Tentar al hijo fue darle una oportunidad de hacer algo, pero mostrándole de paso que toda acción va inevitablemente contra el paraíso (...) Obrar es descolocar, poner en peligro, rechazar un orden que hasta entonces se bastaba. ¿Crearé la acción un orden mejor?

Fernando Savater, *La tarea del héroe*²⁶

Al recibir la herencia del padre, Adam y Charles Trask tienen una conversación sobre si el dinero recibido fue producto de una malversación de fondos o no. Adam defiende la honestidad de su padre, pues cree en él; y ante la perplejidad de su hermano, que le pregunta *¿Cómo puedes tener fe en él si no lo amabas?*, Adam responde:

Quizá sea esa la razón (...) Quizá si lo hubiese amado, hubiera tenido celos de él. Tú los tenías. Quizás el amor te vuelve suspicaz e inseguro. ¿No es cierto que cuando estás enamorado de una mujer te encuentras siempre lleno de dudas y nunca estás seguro de ella, porque tampoco estás seguro de ti mismo? Para mí eso está muy claro. Puedo ver cómo lo amabas y el daño que eso te hizo. Yo no le quería, pero es posible que él me quisiese. Me puso a prueba, me hirió, me castigó y, finalmente, me sacrificó, tal vez en compensación por algo. Pero él no te quería, y por lo tanto, tenía fe en ti. Acaso es una especie de contrasentido.²⁷

En este párrafo podemos observar, bajo el aparente contrasentido que encierran sus propias palabras para Adam, y a la luz de todo lo expuesto hasta ahora, dos hechos esenciales: primero, que el amor del Padre nunca es igual al amor de la Madre. Segundo, que ambos pueden pervertirse y entrecruzarse respecto a los hijos dentro de la estructura inconsciente familiar; en el seno de esta constelación pueden darse diversas combinaciones: nunca hay un Abel ni un Caín puros, o dicho de otro modo, cada ser humano "personificará" uno de los dos²⁸, pero tendrá siempre al otro como latente²⁹: se puede ser el "preferido" de muchas maneras; la parábola del Hijo Pródigo (contrafábula del mito de Caín) da fe de ello, aunque nos presenta a un Caín ya cristianizado.

Dicho de otro modo, la supuesta preferencia de Yahvé por Abel, mucho más matizada en la relación entre Adam Trask y sus hijos, alumbró estructuras clínicas tejidas por lazos familiares inconscientes. En estas estructuras, Abel es el favorito al precio de una renuncia pulsional que remeda a la de los progenitores, es decir, al precio de convertirse en *sujeto* de las normas morales, ancestrales, del hogar, verdadero Yo Ideal retroactivo de los progenitores (el niño del cual se sienten orgullosos), que a su vez descargan en Abel la violencia sádica provocada por el

²⁶ SAVATER, F.: *La tarea del héroe*, Destino, Barcelona, 1992, p. 157.



²⁷ STEINBECK: *op. cit.*, p. 98.

²⁸ En *América, América* (1963) Kazan invierte el asesinato primordial, pues es Abel quien asesina a Caín, en una escena de crudeza pasoliniana.

²⁹ Esta es precisamente una de las tesis fuertes de Szondi.

reconocimiento inconsciente de sus propias represiones (Abel como víctima sacrificial, *Agnus Dei*, Isaac condenado). A su vez, Caín será también el favorito, pero al precio paradójico de ser etiquetado (¡estigmatizado!) por la familia como la *oveja negra* (¿en qué familia no hay una?), como el “malo”, el “loco”, el “rebelde sin causa” (de nuevo James Dean): Caín es aquél capaz de dar rienda suelta (lo cual se cubre en el mito familiar como un “cabalgar sin riendas”, “desbocado”) a sus impulsos y deseos, aquel que satisface proyectivamente las necesidades pulsionales reprimidas en los progenitores.

Caín realiza una demanda igual a la del hermano, pero no es respondido de la misma manera. Caín recibe un don mucho mayor: gracias a la frustración de su demanda se le abre el camino a (la posibilidad del) deseo y al amor. A Abel, en cambio, no se le ha amado; se ha taponado su demanda, nada más³⁰. Yahvé también ama a Caín, y es más, tiene fe en él. Por eso le marcará con el estigma. Y esa marca, ese estigma sobre la frente, la barra del sujeto lacaniano, constituido gracias a la castración simbólica, será la que le va a permitir a Caín errar por la tierra, engendrar una nueva estirpe de hombres, fundar ciudades y forjar una civilización. La Ley del Padre es entonces también una Ley del amor, pero un amor que consiste en un acto de fe hacia el hijo, constituir al hijo como una promesa, y con ello insertarlo en la cadena de las generaciones para que un día él también sea capaz de ejercer la responsabilidad y la transmisión de su saber más íntimo.

Pierre Legendre, en su análisis del juicio por el crimen del cabo Lortie, sucedido en Quebec en 1984, recoge los testimonios del inculpa-do, cuya biografía revela una trama parental de la que aquél fue incapaz de escapar: Alegatos como *Quiero destruir algo que quiere destruir la lengua*, o *Hago el mal para hacer el bien* revelan lo esencial de la función legisladora del Padre: *simbolizar el vacío de la separación de la madre al que debe hacer frente todo niño, cuando se separa de la opacidad, es decir, cuando sale de lo indiferenciado.*³¹

La sorprendente figura jurídica a la que hace referencia Legendre (*ser nacido de padre*), que está en la base de las instituciones en Occidente, resume una última reflexión: el Padre no engendra biológicamente, al modo como el Hijo nace de la Madre. Pero alienta un *segundo nacimiento*, también *da a luz* al hijo. De él depende que el Hijo viva entre-dos-muertes o entre-dos-nacimientos.

³⁰ SIBONY, D.: *op. cit.*, pp. 34-36.

³¹ LEGENDRE, Pierre: *El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre*, Ed S XXI, Madrid, 1994, p. 168.